

Titular.- Cuando se cierran las puertas del cielo

Subtítulo.- El Hospital General de Palma dejará de estar en activo en 2013 después de 557 años atendiendo a los colectivos más vulnerables de la sociedad

Entradilla.- Año 1456. Alfonso el Magnánimo da la orden de que se empiece a construir el Hospital General de Palma de Mallorca. Su fundador, Fray Bartomeu Catany, yace hoy enterrado en la capilla de La Sang, situada en uno de los costados del patio interior del edificio. Ha pasado prácticamente medio milenio y ahora un lazo de tela negro cubre el centro de la fachada del Hospital General, ubicado en la plaza de La Sang. El Govern Balear ha anunciado que el edificio va a cerrar debido a la política de reducción del gasto público. Se prevé que el Hospital deje de estar en activo en el segundo semestre de 2013. Detrás de sus paredes habitan miles de historias y, sobre todo, conviven seres humanos.

Cuerpo.- Antònia Ferrer. Palma. José sabe que no va a salir del hospital. Le han dicho que le quedan algunos meses de vida. Los médicos no se han atrevido a realizar un diagnóstico más preciso porque el cáncer puede evolucionar de manera diferente en función de la persona en la que esté actuando. Está tumbado en una habitación de la tercera planta del Hospital General, lugar en la que está ubicada la Unidad de Paliativos. Aquí es donde vienen a parar las personas en fase terminal, cuando el cáncer se encuentra en su etapa más avanzada. En la tercera planta, la vida de los pacientes se consume con cuentagotas.

Un libro abierto por la mitad preside la sala de espera. Su colocación, encima de un atril, sugiere dedicarle unos instantes a sus páginas plastificadas. Entre el material transparente y el cartón resaltan cartas de agradecimiento que transmiten dolor, pena y sufrimiento. Sus autores son familiares de pacientes que han perecido en esa planta. Una de las misivas reza: “A todo el equipo, desde médicos, enfermeras, sanitarios, celadores, mujeres de la limpieza y psicólogas: gracias a todos”. Diego Figueroa lleva más de quince años trabajando como sanitario en el Hospital General. Mientras junta las manos con las palmas abiertas dibujando una figura cóncava y las mueve de arriba hacia abajo, explica que “en la tercera planta tratan a los pacientes con mucha atención, los enfermeros no dejan que los pacientes sufran; no quieren que tengan dolor”. Figueroa subraya con orgullo que “a los pacientes se les llega a coger cariño, éste es de los pocos centros en los que se conoce a la persona por su nombre y no por su número”.

En esta planta, tanto los ingresados como los familiares pueden aprovechar los días de sol para salir a una terraza con vistas los tejados de la ciudad, a la plaza de La Sang y a la entrada de la capilla que lleva el mismo nombre.

Isabel Román, exdirectora de Enfermería del Hospital General y del Joan March, es ahora enfermera de base en el General. “En la Unidad de Paliativos los profesionales están preparados para atender a personas en fase terminal y el hospital goza de una infraestructura idónea para ellos: las habitaciones son individuales y están perfectamente adaptadas a personas con poca movilidad”, asevera.

En la tercera planta el cuidado de los enfermos se enfoca desde cuatro ángulos distintos. Los facultativos usan un término que se ha puesto de moda en la actualidad para definir esta actividad; hablan de un cuidado “interdisciplinar”. El hospital tiene trabajadores sociales para aquellos casos en los que los pacientes no dispongan de familiares o allegados que puedan ofrecer apoyo moral. El segundo punto de vista es el médico.

Evidentemente, el hospital cuenta con profesionales de la medicina que, en esta etapa de la enfermedad, procuran que el paciente no sufra nada. Román explica que “si una persona tiene líquido en los pulmones y respira con dificultad, se le ayuda. Al final, lo único que se pretende es que tengan una muerte digna y sin dolor”. El tercer ángulo proviene del equipo de enfermería. Este colectivo se encarga del cuidado higiénico de los pacientes y de los controles rutinarios de salud. Por último, el hospital dispone de una psicóloga para el apoyo mental a las personas ingresadas y, también, para sus familiares. Cabe recordar que la gran mayoría de los pacientes conoce su situación y la ayuda psicológica se convierte, según Román, en un “pilar fundamental”.

En el Hospital General duermen cada día, según Bernat Joan, enfermero de la segunda planta, 200 abuelos. El coste que supone para las arcas públicas cada uno de ellos es, aseguran los facultativos del Hospital General, de 350 euros la noche. El Govern, con el cierre, pretende trasladar a los enfermos a otros centros en los que el coste sea mucho menor, de 150 euros aproximadamente. En la tercera planta del General, las habitaciones son individuales. Si se recoloca a los pacientes en otro hospital con dos o incluso tres camas por habitación, el resultado es una reducción en el gasto de mantenimiento. La consellera de Salud del Govern, Carmen Castro, pretende ahorrarse más de 700.000 euros en este concepto tras el cierre.

Sin embargo, de la mano del recorte en el gasto vendrá, según explican los enfermeros, una merma de la calidad en la atención. Un ahorro de 200 euros en el coste de cada paciente es, desde el punto de vista económico, un motivo de alegría para los funcionarios que se encargan de hacer cuadrar las cuentas de las Islas Baleares. Sin embargo, hay una factura que el Govern nunca pagará porque es abstracta. Además, ese coste social se disparará cuando se produzca el cierre del General. Se trata de las personas, de la factura humana que se esconde detrás del cierre de un hospital. “A nosotros nos da igual porque nos llevarán a trabajar a otro sitio y punto. El problema es que los abuelos se van a morir como ratas”, dice otro sanitario que prefiere mantenerse en el anonimato.

En el Hospital General están empleadas, según explicó la consellera de Salud cuando anunció el cierre del centro, 180 personas. Algunos enfermeros, incluida Isabel Román, opinan que se llega a las 200 personas. De esta manera, con ambos datos, la proporción de empleados y pacientes es prácticamente de uno a uno. De los, aproximadamente, 200 trabajadores del Hospital General, el 25% está en condición de interino o contratado. En el centro se teme que como consecuencia del cierre, los trabajadores que están en esta situación se queden en la calle. Para Román, “con la recolocación de los trabajadores fijos en otros hospitales no solo se van a quedar en la calle los interinos del General, también lo harán los que estén en esa misma condición en los demás hospitales”. El sentimiento general entre los facultativos es que las medidas de reducción de gasto vendrán, más que por el ahorro en mantenimiento, por la eliminación de puestos de trabajo ocupados por personal contratado o interinos. La principal consecuencia resulta evidente: menos trabajadores para los mismos, o incluso más, pacientes a los que atender.

Un enfermero se muestra indignado ante la situación que se está viviendo. El trabajador, que también prefiere que su nombre permanezca en el anonimato, defiende que “aquí hay personas que han estado pagando una seguridad social toda la vida, no tiene sentido que ahora un enfermero tenga que atender a doce o trece pacientes cuando en el General

cada sanitario se encarga de tres o cuatro. Así se destroza el valor añadido que tenemos aquí”.

El edificio del Hospital muestra las dos caras del paso del tiempo. Hay zonas reformadas con cristalerías que destilan modernidad y, en los meses de verano, la luz penetra hasta el punto que no es necesario el uso de los fluorescentes. En la planta cero, una puerta permanece cerrada. Una cadena sujeta el pomo y un candado asegura que nadie pueda atravesarla. “Es la puerta que da entrada a los quirófanos”, dice Figueroa. La Unidad de Cuidados intensivos, conjuntamente con los cinco quirófanos del Hospital más otro de urgencias, están cerrados a cal y canto “con todo el material médico en su interior”. Este espacio representa el 25% de la superficie total del centro sanitario.

El Hospital General tiene “tradición dentro de la sociedad mallorquina”, destaca Román. La enfermera, con más de veinte años de experiencia trabajando en las plantas del edificio y una etapa en la dirección del colectivo de enfermería, se pregunta si este tipo de paciente puede ser rentable para la sanidad privada. Cabe recordar que en el Hospital General se ingresan a personas que van a pasar en el centro una temporada. “No sé qué va a pasar con todas estas personas. Hay que pensar que la mayoría son terminales. Se trata de garantizarles que no van a sufrir en la última etapa de su vida”, remarca Román.

María González lleva ingresada en el General desde el 19 de abril, después de que una infección de orina se le extendiera por buena parte de su cuerpo. Su hijo, Francisco Cervantes, la visita a menudo. Francisco tiene la mirada de quien está preocupado a la vez que sereno y sus palabras denotan cierto grado de agradecimiento. “La respuesta es inmediata cuando pides ayuda”, explica. A la hora de hablar del equipo humano que trabaja en el centro, destaca el trato “muy personal” que se dispensa en el hospital. “Si se tiene que ir, sólo espero que la lleven a un lugar donde esté tan bien como lo está aquí”, sentencia. Otro sanitario del Hospital General, Francisco Carbonell, ante las muestras de cariño que frecuentemente reciben de los pacientes y sus familiares, afirma que “nosotros nos dedicamos a las personas porque nos gusta”.

Por otra parte, el Hospital General se ha caracterizado desde el momento de su fundación por la atención a los colectivos más perjudicados de la sociedad. En su interior, la marginación y la problemática social han ocupado un lugar importante, como si de una prioridad se tratara para las personas que trabajan en el centro. De hecho, en la puerta que da acceso al hospital se encuentra apostada una indigente que, a menudo, recibe la atención de los facultativos de ambulancias que aparcen en la plaza de La Sang o de trabajadores sociales que llevan a cabo sus funciones dentro del hospital. Un buen número de personas sin una casa en la que pasar la noche deciden hacerlo en los bancos que ocupan el centro de la plaza de La Sang. Durante el día, subsisten gracias a la caridad de las personas a las que ayudan a encontrar aparcamiento para sus coches. De alguna manera, saben que no podrán encontrar un lugar más seguro para pasar el día y, también, para superar la noche.

El Hospital General se construyó gracias a las aportaciones de las personas, a base de limosnas de palmesanos, mallorquines y viajeros. Las donaciones de importantes cantidades de dinero por parte de nobles con principios filantrópicos también fueron clave a la hora de levantar el edificio hace ya medio milenio. El año que viene, el Govern colocará un candado en la puerta de entrada al edificio. Sus camas quedarán vacías, en las salas de espera nadie descansará y en sus terrazas no se podrá disfrutar de

la vida al calor del sol. No sólo se cierra un hospital. Se cierran también las puertas del cielo.